

CRÍTICA DE ÓPERA

Admirable "Clemencia" Nacional

Sobre la limpia y estilizada escenografía de **Carlo Tommasi** (sólo empañada por el águila de la última escena) y con el rico vestuario de **Germán Droghetti** (su mejor trabajo para el Municipal, tanto por la idea de diseño como por la elección de colores y telas), el conjunto de cantantes chilenos que estuvo al frente de "La clemencia di Tito" mozartiana, aprovechó la lección de buen teatro liderada por el régisseur **Michael Hampe**.

Es verdad que el libreto de **Catterino Mazzola** es menos que discreto, pero esto es así especialmente por la trama y no tanto por el texto en sí mismo, que acierta tan bien con la sugestiva turbación interna que agita siempre a los personajes de Mozart.

El papel de Sesto es un ejemplo absoluto de eso y, no por nada, se constituye en el verdadero protagonista y héroe de la ópera. Así lo fue en voz y presencia de la mezzosoprano **Mariselle Martínez**, dueña de sus capacidades vocales, precisa, interior, dolida consigo misma. Su trabajo escénico tam-

bién fue notable, al punto de que muchas veces hizo olvidar que era una mujer la que cantaba. Su aria "Parto, parto" (que incluye un solo de *corno di bassetto*: ¡al fin en el Municipal!) fue un prodigio de musicalidad y entrega.

El tenor **Luis Olivares** también se vio esta vez muy comprometido con el juego escénico y su canto fue llevado con dulzura por la agotadora e interminable línea que Mozart le impuso. Además, casi siempre dominó las endiabladas coloraturas de su gran aria final: en suma, hay un Tito chileno de exportación.

La joven mezzo **Claudia Yáñez** tiene un órgano vocal de color muy personal, que maneja con cuidado. Por el momento tiene cosas en las que avanzar, como sostener mejor la emisión, uniformar los distintos sectores de su registro y participar más activamente en el esquema teatral propuesto. Con todo, llevó muy bien adelante el noble rol de Annio, vistiéndolo de ingenua inocencia. La disputada **Servilia** estuvo en voz e imagen de la soprano **Stephanie Elliot**, quien

cantó con prudente y exquisita musicalidad; además, supo comunicar su parte con encanto y distinción. El bajo argentino **Marcelo Lombardero** fue un Publio de presencia y voz intachables.

Detengámonos un momento en la **Vitelia** de **Miryam Singer**. Es verdad que en la escena de entrada la soprano manifestó algunas incomodidades, pero luego su trabajo describió una curva expresiva y vocal que sólo la experiencia puede dar. El papel —hay que decirlo— es el menos cuidado de todos en términos dramáticos y su proceder es incomprensible. Sin embargo, ella le otorgó una dignidad poco usual. Es probable que **Michael Hampe** marcara esa intensidad histórica que también lució la cantante del elenco anterior (**Irini Tsirakidis**), pero la artista chilena le dio a eso una vida más compleja y reflexiva. Su aria *Non più di fiori* la mostró en plenitud de unos recursos vocales que le permiten transitar por su registro sin perder efecto ni calidad en ningún sector. Además, sabe llevar los trajes y utilizarlos con ob-

jetivos determinados.

El elenco completo estuvo muy bien en esta ópera; sin embargo, hay dos aspectos que hay que trabajar con mayor ahínco. Primero, la dicción italiana, muchas veces blanda y, en ciertos casos, errática (**Lombardini** en esto pareció infalible, de una claridad meridiana). Y segundo, pero de igual importancia, la técnica del recitativo, que es distinta en **Monteverdi**, en **Purcell**, en **Mozart** y en **Gluck**: a estas alturas del partido, con los conocimientos que se han adquirido en términos de música anterior al siglo XIX, es una materia que deben tratar maestros especializados.

La representación contó con la batuta de **Rodolfo Fischer**, quien supo graduar la fluctuante y desordenada intensidad expresiva de la obra, a la que vistió de un carácter sombrío que llegó a la cima en el final del primer acto, donde el impresionante *fortissimo* del coro sobre la palabra *tradimento* contrasta con el canto en *piano* de los solistas.

Juan Antonio Muñoz H.

CRITICA DE MUSICA

De Bach a Gerschwin

El regreso del maestro David del Pino Klinge junto a la Sinfónica de Chile, estuvo rodeado de un poderoso impulso juvenil. No quitó esto el recuerdo de Juan Sebastián Bach cuya "Toccatá" en Re menor para órgano, se escuchó en la ya histórica transcripción de Leopoldo Stokowsky (Película "Fantasía") que causó polémica en su época por estimársela como una ofensa al estilo bachiano. Pero la grandilocuencia orquestal del transcriptor y director de la Sinfónica de Filadelfia, no parece hoy en día un agravio al maestro organista. Su audacia en el manejo de la armonía y los efectos tímbricos, eran reconocidos como propios del imbatible maestro Bach, a quien reprochó el Consistorio de Arnstadt por "confundir a los feligreses con la complejidad de sus acompañamientos en los Corales". La dirección obtuvo de la Sinfónica la necesaria justeza y amplitud sonora.

Disminuyó al nivel de Cámara el acompañamiento del Concierto para piano y orquesta, N° 23, de Wolfgang Amadeus Mozart. Un valor joven, ya distinguido en concursos mientras era estudiante en la Facultad de Artes de la U. de Chile, llevó a Luisa Cánepa (22) a ampliar su formación pianística en Italia, donde reside actualmente como discípula de la maestra María Tipo, de recordada actuación en Chile. La joven pianista luce un sonido de sobresaliente calidad. El dominio técnico destaca la musicalidad de su ejecución y provocó el entusiasmo del auditorio. Es justo dar al maestro Del Pino un reconocimiento al delicado

acompañamiento orquestal, que completó la grata sorpresa ante un nuevo valor pianístico chileno. Con serenidad recibió el aplauso y, luego de varias salidas, concedió el fragmento "Chopin", del "Carnaval" de Schumann.

Cúspide artística alcanzó el concierto al dirigir el maestro Del Pino una selección de la ópera "Porgy and Bess", de George Gerschwin (1898-1937). Con la participación del Coro Sinfónico de la Universidad de Chile y de los solistas Myriam Singer, soprano, y del barítono norteamericano Lawrence Craig, se vivió una regocijante entrega de once números de la obra considerada entre las más representativas de la vida popular norteamericana. La riqueza de la actuación del cantante norteamericano se apoderó del público y supo darle el sentimiento, la comicidad y la ternura en las escenas con la soprano. Todo en un reducido espacio de escenario.

Así también la soprano chilena dio su rol de enamorada con su grato timbre lírico. Pero el mérito del éxito alcanzado en esta parte del programa debe ser reconocido a la concertación del maestro Del Pino, cuya energía y vitalidad se desbordó en la realización de esta obra tan comprometida en sus ritmos de "jazz" y expresividad cambiante de los personajes. Brillante fusión que el auditorio recibió con verdadera euforia, en una tarde de veras digna de recordarse entre las mejores de la Temporada de la Orquesta Sinfónica de Chile.

Daniel Quiroga